

1910

Homilía para Futuros Economistas

Por *Jesús Silva Herzog*.
Ex-Decano de la Escuela de Economía de México

En busca de una definición

Nadie puede negar que han existido y existen numerosos fenómenos económicos en todas las sociedades, ni tampoco que tales fenómenos obedecen a causas determinadas. Si un fenómeno se repite muchas veces y de igual manera, es obvio que obedece a la misma causa. Entonces es posible descubrir los principios o las leyes que explican la causa y los fenómenos correspondientes. De lo anterior se deduce lógicamente que la Economía es una ciencia. ¿Pero qué clase de ciencia es la Economía? Aquí se impone ensayar una respuesta.

El Economista francés *Juan Bautista Say*, opinaba que la Economía debía ser objetiva, concreta, teórica y descriptiva; que debía exponerse típicamente cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, y nada de sermones. Por su parte el genebrino *Juan Carlos Leonardo Sismondi* escribía que la Economía es una ciencia moral y que su objeto no es la riqueza sino el bienestar físico del hombre. Y a su vez el inglés *Guillermo Stanley Jevons*, decía textualmente: "La Economía debe tener un carácter tan matemático como las ciencias físicas . . . En mi opinión nuestra ciencia ha de ser matemática, sencillamente porque se ocupa de cantidades"

Claramente se distinguen las opiniones divergentes de los autores citados. Say fue un economista clásico liberal y creyente en la existencia de leyes naturales reguladores de la vida económica; Sismondi puede clasificarse como crítico social, moralista y precursor del historicismo, escuela que afirmaba categóricamente que las leyes de la Economía no son naturales, sino históricas; y Jevons fue uno de los primeros marginalistas, junto con Menger y Walras. El marginalismo, que tanto éxito ha tenido en la historia de las doctrinas económicas, es una mezcla de ingredientes psicológicos y lucubraciones matemáticas. Por supuesto que estas concepciones y doctrinas no han sido las

únicas en el pasado ni lo son en el presente. Hay muchas otras de las cuales no es oportuno ocuparnos en este lugar.

La opinión de Say de que la Economía debe limitarse a describir fielmente los hechos, a informar al lector o al oyente, cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, no puede aceptarse en nuestros días; si así fuese no podría hablarse de política económica, de desarrollo económico, ni de una mejor distribución del ingreso; no podría hablarse de planear la economía de un país o de una región. Toda política económica debe basarse en el estudio profundo de la realidad con el claro propósito de superarla. Salta a la vista el absurdo de siquiera pensar en una política económica regresiva, que implicara marcha hacia atrás no hacia adelante. Reducir la Economía a una ciencia descriptiva es negarle su calidad científica, es hacer de ella una especie de botánica primitiva, es, en fin, grave error que todavía cometen ciertos economistas de muy discutible talento.

La Economía no es una ciencia matemática como pensaba Jevons; es cierto que se ocupa de cantidades, mas es cierto también que entre esas cantidades está el hombre y que el hombre no es una mera cantidad; aquí está la diferencia fundamental entre la sociología y las ciencias físicomatemáticas. El hombre es el ser más complejo del mundo en que habitamos; y por eso, precisamente por esa complejidad, no se le puede reducir a cifras, ni pueden las matemáticas abarcarlo en su oscura y a la par luminosa personalidad "El Hombre —dice Croce— es una síntesis de la historia universal". *La historia es el drama del hombre* y es obvio que el drama escapa al guarismo y que no cabe representarlo ni por cien, ni por mil, ni por diez mil. Tampoco puede reducirse a números la emoción estética: "La Piedad" de Miguel Ángel o la Novena Sinfonía de Beethoven. No hay balanzas de precisión para medir el odio, el amor, el deleite, el miedo o la vanidad de un ser humano cualquiera. Y se necesita ser un especialista en sardinas o un enfermo mental, para no darse cuenta que todo sentimiento o reacción psicológica —sobre todo la vanidad— suele influir en la conducta del hombre al comprar ciertas mercancías, desde un ángulo no siempre transparente de su objetividad. Por otra parte me importa repetir que el hombre económico es una ficción, de igual manera que el hombre religioso, psicológico o biológico. El hombre es todo eso al mismo tiempo y mucho más. Todo hombre es muchos hombres y a la vez un todo integral.

Lo antes dicho no significa ignorancia respecto a la utilidad de las matemáticas para el economista. Lo reconozco sin reserva alguna.

Pero no es lo mismo reconocer que las matemáticas son herramientas útiles y aun necesarias al economista, que sostener que la Economía es una ciencia matemática porque se ocupa de cantidades. Entre una y otra postura, entre una y otra concepción la distancia es inmensa.

A mi parecer el punto de vista de Sismondi, se aproxima más a la verdad que los puntos de vista de Jevons y Say, pero se hubiera aproximado más todavía, si hubiera escrito que la Economía es una ciencia social que estudia cómo se producen y distribuyen los bienes materiales y cómo deberían producirse y distribuirse; si hubiera añadido que su objeto no es la riqueza por la riqueza misma, sino un medio para mejorar al hombre en todos los aspectos esenciales de su existencia individual y social.

De lo anterior se concluye que la Economía es una ciencia humana y que sus leyes, con excepción de las de carácter económico-biológico como la de la población y la del rendimiento decreciente en la agricultura, son leyes sujetas a cambios inevitables, impuestos por la estructura de la sociedad. Voy a poner dos ejemplos: la libre competencia, que Mill catalogaba entre las leyes naturales, no funciona a principios de 1956 en los Estados Unidos, por lo menos tratándose de buen número de mercancías, de modo idéntico a como funcionaba hace un siglo en el mismo país, cuando no existían grandes unidades económicas ni el Estado se ocupaba de intervenir para fijar los precios de algunos productos agrícolas y mineros. El otro ejemplo: la libre competencia no funciona o casi no funciona en la Unión Soviética, por la simple razón de que el Gobierno interviene en toda la organización económica, si desea restringir la venta de algún artículo eleva considerablemente los precios, pero si por el contrario estima conveniente incrementar el consumo de otro artículo, y muchas veces lo hace por razones políticas, entonces reduce el precio aun por debajo de los costos.

De suerte que el tiempo y el espacio, o en otras palabras, la historia y la geografía son nociones fundamentales en la Ciencia Económica. Lo primero lo hizo notar Alfredo Marshall hace ya más de medio siglo; lo segundo, es algo que no escapa que no puede ni debe escapar a ningún estudioso de nuestra compleja disciplina

La economía, el tiempo y el espacio

Sé muy bien que no es ocioso recordar de vez en vez algunas ideas elementales que precisamente por serlo se olvidan fácilmente.

Esto me lo ha enseñado la experiencia de algo más de treinta años de cátedra universitaria. De manera que voy a decir aquí algo ya dicho en más de una ocasión.

Todo en la naturaleza está sujeto a un cambio constante. Lo mismo lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño, lo mismo el átomo que la estrella. Por supuesto que la estrella y el átomo se transforman con ritmo diferente. Inmensamente más lento en el macrocosmos que en el microcosmos. Las edades siderales escapan a la imaginación humana. El maestro Antonio Caso solía decir: "Lo único que no cambia es que todo cambia".

El hombre ha ido conociendo poco a poco la historia geológica de su pequeña morada. Sabe bien que no siempre ha sido como es; que donde hoy se levanta una elevada montaña fue quizás hace milenios el lecho de profundo lago; que en el lugar en el cual ayer el mar se agitaba, crecen hoy el olivo y la vid. En México hace menos de tres lustros presenciarnos el parto de un volcán. Se dijo historia geológica, que es lo mismo que decir cambio en la fisonomía del globo. Cambio significa historia e historia significa cambio. Hay en estas dos palabras una sinonimia esencial.

Las sociedades que llamamos civilizaciones y que aún existen, son hoy diferentes a como fueron en cualquier otro momento de su historia a través de los siglos. De la vida en Atenas en los momentos de mayor plenitud económica y cultural, nos queda tan sólo en realidad el hermoso recuerdo. Sus sistemas de producción de igual manera que su técnica han sido ha mucho tiempo superados. El hombre de nuestros días difiere en sus concepciones fundamentales sobre la vida, el mundo y el universo, de aquel que en el Agora escuchara las arengas encendidas de Pericles. Y los dioses inmortales de Hesíodo, Homero y los grandes trágicos han muerto vencidos por nuevos dioses.

Por otra parte, si el visitante de la ciudad de París, ayudado por la historia, se imagina cómo era la vida allí al finalizar el siglo XVI y la compara con la vida en la ciudad de Nueva York en 1956, se dará cabal cuenta del abismo que las separa. Más todavía, se puede pensar en una misma ciudad, por ejemplo, México, en dos distintos momentos de su evolución: en 1880, antes de la luz y los tranvías eléctricos, del fonógrafo, del cinematógrafo, de los automóviles, de la radio, de los aviones y de la televisión; y después de todo eso al comenzar la segunda mitad del siglo XX: el cambio ha sido profundo en todos o en casi todos los aspectos de la vida urbana.

Y ¿a qué se han debido estos cambios en la historia de las sociedades? A mi juicio el origen de tales cambios se encuentra en el cerebro del hombre, estimulado en la mayoría de los casos por la presión de necesidades insatisfechas. Es el científico que después de largos afanes ha logrado aprehender alguna verdad. Esta verdad, este descubrimiento lo aprovecha al aplicarlo el técnico para producir algo. No se olvide que producir es crear utilidades futuras. Ese algo que se produce es un algo material: una riqueza, un bien económico, una mercancía. Ya generalizada la producción —recuérdese la fabricación de locomotoras y de vías férreas en el curso del siglo XIX— se transforma la economía, influyendo en el ingreso per cápita y acelerando el proceso de desarrollo. Y los cambios en la estructura económica exigen cambios en la legislación, en la organización política y en la conducta de los miembros de la sociedad. El esquema puede intentarse en la forma siguiente: primero, descubrimiento científico, segundo, aplicación técnica; tercero, cambios en la estructura económica, total o parcial a la corta o a la larga; cuarto, adaptación de las leyes y de la organización política a la nueva realidad; y, quinto, progreso de todos, o por lo menos de una parte, de los habitantes de un país o de una región. Empero, esto no quiere decir que el progreso se realice sin tropiezos y desajustes derivados de un avance desigual entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu.

Ahora bien, para mayor claridad puede citarse el caso del petróleo. Se perfora el primer pozo en 1859. Pasado cierto lapso unos químicos, después de buen número de experimentos logran transformar la sustancia negra y viscosa en kerosina para utilizarla como iluminante. Bien pronto se perfecciona la refinación y se obtiene la gasolina. En otro campo otros científicos ven coronados sus esfuerzos por el éxito al fabricar los primeros motores de combustión interna; y los primeros automóviles sorprenden con su velocidad y su ruido infernal a los habitantes de las grandes urbes. El automóvil mejora año tras año; se hace más cómodo, más rápido y más estable. Poco después, se presentan en escena los ingenieros y emprenden la tarea de construir largos caminos asfaltados, iniciándose así una revolución en la industria del transporte. Años más tarde se fabrica el avión y se consuma una de las más asombrosas hazañas humanas.

Y ¿hay alguien que se atreva a negar que el automóvil y el avión han transformado la vida individual en particular y de la sociedad en general?

La revolución tecnológica está en pleno desenvolvimiento. El ce-

rebio del hombre no descansa. En ocasiones se recibe la impresión de presencia el triunfo de la magia: de la magia negra en Hiroshima y Nagasaki; de la magia blanca en la junta de sabios reunidos ha poco en la ciudad de Ginebra. La desintegración del núcleo y la cibernética son heraldos de un nuevo amanecer.

Una teoría económica ayer verdadera, bien puede dejar de serlo en el presente si se han operado cambios sustanciales en la estructura de la economía. Esto ha sucedido a través de las edades en el desarrollo económico. Las teorías o las ideas sobre política económica de los mercantilistas, no fueron equivocaciones de mentes obnubiladas como lo creyeron no pocos economistas de la pasada centuria, quienes se limitaron a repetir los juicios de Adam Smith sin contribuir con ninguna aportación crítica al estudio del problema. La verdad es que el pensamiento mercantilista fue elaborado por hombres inteligentes, que apoyaron sus principios en la realidad objetiva de su tiempo. En cambio, los economistas del siglo XIX, en su gran mayoría, no tuvieron visión histórica para aquilatar con ánimo sereno y comprensivo a los escritores del siglo XVII. La discrepancia entre unos y otros se explica por el hecho de hallarse separados por doscientos años y por la revolución industrial; es decir, por el tiempo y por el progreso de la técnica.

En resumen, la Economía es una ciencia dinámica que se está haciendo y rehaciendo constantemente, porque constantemente se está haciendo y rehaciendo el mundo económico. Claro que lo mismo sucede con todas las ciencias sociales y en cierto sentido y hasta cierto punto, con todas las demás ciencias. Toda ciencia es avance, demoia, retroceso y nuevo camino hacia adelante para aproximarse a las metas perseguidas. Ninguna ciencia ha sido terminada como se termina un puente, un edificio o una estatua; y tal vez jamás, el auténtico hombre de ciencia —biólogo, físico o economista— podría ufanarse de haber violado todos los arcanos o de que su ciencia sea perfecta y transparente, como una esfera de cristal.

El espacio de igual manera que el tiempo, tiene singular importancia para la Economía. Muchas veces, no siempre, el tiempo y el espacio, o sea la historia y la geografía, se conjugan y exigen un amplio análisis económico. Si como antes se dijo, se estudia la estructura económica de la ciudad de México en el año de 1880 y se la compara con la de 1956, se advertirá que los grandes cambios se han realizado en el tiempo y que se trata de fenómenos históricos; pero si el estudio comparativo se hace entre la ciudad de Nueva York y la

de México en el mismo año, se notará que las diferencias no sólo son de tiempo sino también de espacio; de tiempo porque Nueva York se halla en un grado de evolución económica más adelantado que México, en un tiempo histórico superior; y de espacio a causa de las muy diversas características geográficas, altitud, latitud, temperatura, precipitaciones acuosas, etc. De todo lo cual aparece obvio que los problemas económicos de uno y de otro centros de población no pueden resolverse con idénticas formulaciones teóricas. Lo mismo debe decirse tratándose de las naciones, ancladas —como dijera hace más de un siglo Federico List— en etapas económicas diferentes. A lo que cabe agregar y en puertos de distintas condiciones naturales

La Geografía es una ciencia a la que a menudo tiene que acudir la Economía, por la razón elemental de las distintas condiciones orográficas, hidrográficas, climáticas y de otra índole en las varias regiones del planeta

Para la adecuada localización de una industria se debe tomar en consideración los recursos naturales del lugar escogido, principalmente combustible y materias primas, a la par que los medios de transporte y la proximidad de los mercados. De suerte que en todo problema de localización industrial, los conocimientos económicos se entrelazan lógicamente con la Geografía. Estas nociones son elementales pero sin duda útiles e indispensables, de modo especial para el futuro economista. Lo anterior se aclara más aún al pensar en lo disparatado que resultaría establecer una fábrica de refrigeradores en Terranova, o una gran empresa para fabricar zomitos azules y plateados en la población de Panamá.

Por otra parte, bien sabido es que las mercancías de mayor consumo son aquéllas que sirven a la alimentación, a la indumentaria y a la morada; mas el caso es que las habitaciones, los vestidos y la comida no son los mismos en todas las latitudes y altitudes. Dos ejemplos absurdos: usar trajes de lino en Siberia durante los siete meses del crudo invierno, o pasear en el verano por las calles de La Habana luciendo un grueso abrigo de pieles; y no sería difícil, seguramente, ejemplificar destacando contrastes con respecto a los productos alimenticios y a los alojamientos. Precisa pues insistir, una y muchas veces, en que el tiempo y el espacio son dos escollos que la teoría económica necesita salvar

La teoría económica moderna, o mejor dicho contemporánea —olvidemos por ahora la historia de las doctrinas— ha sido en buena

parte elaborada en los países anglo-sajones, Inglaterra y los Estados Unidos, dos de las naciones capitalistas más ampliamente desarrolladas. Y aquí se impone la pregunta siguiente: La teoría económica elaborada en las naciones más intensamente industrializadas, en los centros metropolitanos más poderosos del mundo, ¿puede aplicarse en los territorios de la periferia, apenas en proceso de desarrollo? La respuesta no puede ser completamente afirmativa ni tajantemente negativa. La *teoría keynesiana* *verbigracia*, con sus adiciones y refinamientos posteriores es aplicable en algunos casos y en otros no. Hay algo más en los países latinoamericanos, por lo menos en la mayor parte de ellos, se hallan todos los grados de desarrollo económico, todos los escalones de la evolución industrial, desde la industria familiar hasta la fábrica moderna, sin excluir el artesanado, la industria a domicilio y las manufacturas propiamente dichas; o en otros términos: existen grupos de organización casi primitiva, explotaciones agrícolas que semejen feudos medievales y ciudades de estructura precapitalista o plenamente capitalista; y, lógicamente, la teoría keynesiana o post-keynesiana puede aplicarse hasta cierto punto en los grandes centros urbanos como México, Buenos Aires o Río de Janeiro, pero en manera alguna en las poblaciones medianas y pequeñas de retrasada evolución económica y cultural.

El profesor Samuelson del Tecnológico de Massachusetts, escribe en su *Economía Moderna* que el problema fundamental de la teoría económica estriba en encontrar la solución adecuada para lograr de modo permanente la ocupación plena. Esto es cierto para las naciones capitalistas que han alcanzado la meta en su desarrollo, mas no lo es en relación con los países deficientemente desarrollados, porque el problema fundamental de éstos consiste precisamente en alcanzar su pleno desarrollo, para lo cual necesitan resolver un buen número de problemas complejos y de inevitable lenta solución.

Vale la pena añadir que la teoría económica contemporánea se ha basado en el análisis de la realidad estructural del capitalismo y no en el feudalismo del siglo XIV ni en el socialismo o presocialismo del siglo XX. Y como por una parte hay extensos territorios en África, Asia y América que no han llegado todavía o están muy lejos de llegar a la etapa capitalista, y por la otra la Unión Soviética, China, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, etc., se han organizado o se están organizando de conformidad con normas no capitalistas, resulta claro que las teorías de Keynes y sus discípulos no tienen aplicación en la mayor parte de las sociedades humanas; no son teorías ecuménicas, de homi-

zontes ilimitados dentro de nuestro globo, sino de funcionamiento restringido más restringido de lo que generalmente se cree.

Insistamos una vez más: el tiempo y el espacio son las dos mayores dificultades de la Economía y por lo tanto del Economista.

Mi radiografía del economista

Ahora para completar el cuadro que me he propuesto diseñar, se impone la necesidad de dar mi versión acerca de los conocimientos que debe adquirir el economista y de las funciones que debe desempeñar en la sociedad

Keynes dice en la biografía de Alfredo Marshall que la Economía es una materia fácil en la que son muy pocos los que logran destacarse. El lector se habrá dado cuenta de la intencionada ironía keynesiana y habrá entendido precisamente lo contrario. En efecto, la Economía es una ciencia social compleja, dinámica y difícil de abarcar en su enorme y variada totalidad. Por eso son muy pocos los economistas que logran destacarse; tan pocos que en los últimos cien años apenas pueden contarse con los dedos de ambas manos.

J. A. Schumpeter, en su obra póstuma titulada *Historia del Análisis Económico*, escribe que las herramientas del economista son la teoría económica, la historia económica, la sociología económica y la estadística. A mi entender hay que agregar la geografía, en primer lugar; y, en segundo, una cierta dosis de matemáticas y a guisa de complemento el resto de las ciencias sociales. Finalmente, no dañará al economista *adquirir algunos conocimientos generales sobre biología*. Se dirá que estoy pidiendo demasiado y esto tal vez es verdad. Estoy pidiendo demasiado porque pienso en la responsabilidad del economista en la hora aciaga que estamos viviendo, porque conozco las posibilidades del economista de cuerpo entero para contribuir a superar la profunda crisis en que impotente se agita el hombre contemporáneo.

Pero no basta ser ilustrado para ser útil a la humanidad en general y en particular al grupo social en que se ejerce alguna acción rectora; es menester vivir preocupado por el grupo social y por la humanidad, por sus problemas vitales y por sus anhelos de superación. El que sólo sabe, no sabe para qué sirve lo que sabe, si no sabe sentir las palpitations del mundo circundante. Lo que me importa afirmar es que el economista sin preocupaciones sociales, sin un sentido social de la Economía, es un mutilado que se mueve en ámbito estrecho, sin

algunas en el pensamiento y sin capacidad constructiva y creadora. Es claro que no todos los economistas ni los aspirantes a economistas, tienen igual capacidad intelectual. Unos son o podrían llegar a ser buenos artesanos de la Economía, útiles como los peones en el juego de ajedrez; otros alcanzan o alcanzarían la categoría de técnicos distinguidos, aptos para manejar con seguridad y soltura la variada herramienta, y sólo unos pocos, ciertamente muy pocos, merecen o merecerían la honrosa designación de hombres de ciencia. Y el auténtico hombre de ciencia es aquel que vive poseído de un amor apasionado por la verdad y un hondo interés desinteresado por la suerte del género humano. Por eso todo hombre de ciencia verdadero es humanista y todo verdadero humanista es hombre de ciencia. El estrecho maridaje de las humanidades con la ciencia es la fórmula suprema de la cultura.

No se me oculta la dificultad de que un economista abarque con amplitud y profundidad todos los campos de la Economía, por lo cual no puedo negar la necesidad de la especialización; más ésta, obviamente, debe ser posterior a los conocimientos generales a que arriba se hizo referencia. No se puede ser oftalmólogo sin conocer la anatomía y la fisiología del ojo, ni ingeniero especializado en la construcción de puentes sin saber matemáticas. Ya lo he dicho otras veces y me gusta repetirlo: no hay que ver el paisaje por una estrecha claraboya, porque será fragmentario y engañoso, sino por amplios ventanales abiertos a todos los rumbos.

Es noción elemental que no puede siquiera concebirse al especialista en moneda, comercio exterior, economía industrial o hacienda pública, sin una sólida base teórica, sin tener muy presente el espacio geográfico y sin contacto estrecho con la realidad del momento histórico.

En un país deficientemente desarrollado, la tarea sustantiva del economista consiste en trabajar sin descanso dentro del marco de sus posibilidades, para que ese país alcance su pleno desarrollo. Y aquí es oportuno insistir en que no debe aplicarse servilmente la teoría elaborada en los grandes centros del capitalismo, porque si así se hiciera, el fracaso sería inevitable. Toda adaptación teórica debe hacerse después de un cuidadoso trabajo analítico, con los pies hundidos en la propia tierra y con clara visión de las necesidades primarias y de las legítimas aspiraciones de su pueblo. El economista nativo de un país de la periferia, sin capacidad crítica, que sigue al pie de la letra y con ufana pedantería al autor extranjero, por ilustre que éste sea, se

asemeja al lacayo que imitara gozoso y grotesco los finos modales de su señor

El móvil del economista no debe ser su propio enriquecimiento porque entonces se transformaría, descendiendo, en un simple y vulgar mercader. *El economista debe ser investigador social, vasallo de la verdad y misionero en la noble cruzada por mejorar las condiciones materiales de vida de las grandes masas desnutridas y harapientas. No se olvide que a los estómagos vacíos jamás interesa el aprendizaje del alfabeto, ni que nunca pueden fraternizar el hambre y la cultura.* Sólo aquellos que normalmente satisfacen sus necesidades biológicas elementales, pueden adormecer a la bestia que todos llevamos dentro y disfrutar de los dones del espíritu, contribuir al progreso de la ciencia, crear obras de arte, levantar la cabeza para estudiar la luz de las estrellas y cantar libremente su canción

Me place citar, siempre que lo encuentro oportuno, al clásico Smith cuando escribió: “ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz, siendo la mayoría de sus miembros pobres y miserables” Y lograr que no existan miserables ni pobres en la propia nación, es la meta a cuya conquista definitiva debe el economista consagrar su vida y sus más claros afanes. Porque si en un país desaparece la pobreza y la miseria, eso quiere decir que ya alcanzó su pleno desarrollo o que está a punto de alcanzarlo. El economista de nuestra América, que es en quien particularmente pienso, de la América nuestra de que hablara Darío en su poema “Al otio Roosevelt”, puede y debe sumarse a los que movidos por un ideal de justicia y de libertad, trabajan en la construcción del nuevo edificio en que mañana se alojarán sin temores, con decencia y dignidad, los pueblos de nuestra noble estirpe